

Esto no es un bestiaro

TEDIUM VITAE

E D I T O R I A L

Esto no es un bestiario
Antología poética

LUIS ARMENTA MALPICA

Colección (Poesía): EVERNESS

Primera edición, 2023

Copyright © 2022 Luis Armenta Malpica

D.R. © 2022 Everness, S.A. de C.V.
Av. Hidalgo 1769, Ladrón de Guevara, C.P. 44600
Guadalajara, Jalisco, México
www.tediumvitae.com

Diseño editorial: *Estudio Tangente, S.C.*

Corrección y cuidado de edición: *Lurdes Asián*

Prólogo y selección: *Gustavo Iñiguez*

Fotografía de Luis Armenta en solapa: *Miguel Asa intervenida por Estudio Herrera*

Diseño de portada: *Maricris Herrera | Estudio Herrera*

ISBN: 978-607-95897-8-3

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio material o electrónico sea o no con fines de lucro, sin la autorización escrita del titular del *Copyright*.

Hecho en México / *Made in Mexico*

ÍNDICE

9 PRÓLOGO

La trayectoria del pez

Gustavo Íñiguez

13 El arca

15 El pez inmerso

18 Adán

19 Vivir de muerte diaria

21 Revelación de la migala

23 Meditación

24 Las tablas de Poseidón

26 Inaugural

28 Voluntad de la luz

33 Trayectoria del pez

35 Invocación a Malagua

37 Ciudad de mar interno

47 Esquela del inmortal

55 Un éxodo

57 Ritual

59 Teoría y práctica de la caza

62 Tree (Last Goodbye) to Jeff Buckley

67 Parvada voz

68 Rugido

69 Por fin llueven los pájaros

71 Siete incendios para apagar un mirlo

72 Pareja sobre el césped bajo lluvia

73 [Uno]

75 Caballos desbocados

80 Un bárbaro en el jardín

82 Equivocación de animal

85 De animales fantásticos

87 Luna nueva

88 Sanctus

90 Carta astral

91 El dragón de agua

95 El ser que va a escribir

97 La baba de dragón

98 Y Dios creó a las grandes ballenas

99 Para comenzar (todo) de nuevo

100 Le decían Moby-Dick

101 De las olas más quietas

102 Cual si fueran de lejía las olas

103 El cachalote arrastra en su locura

104 La llegada de un hombre de tan lejos

106 Luna llena

109 Un animal inédito

111 Un gorrión al que llamamos Williams

112 Créditos

La trayectoria del pez

Gustavo Íñiguez

Esta selección poética no ofrece una visión contemplativa o moralista, filosófica o religiosa, erótica o pagana... Lo que sí presenta con claridad, después de congregarse la migración de los textos que han coincidido en sus motivos en el transcurso de estos años, es que Luis Armenta Malpica se ha interesado por el universo animal, especialmente, el abisal; una disposición al modo de los animales marinos: *Esto no es un bestiario*, es un pez enorme que en su trayectoria ha ido engullendo peces pequeños para nutrirse y crecer.

Podríamos afirmar que esta colección presenta una visión poética expansiva y animal.

La trayectoria inicia con un libro genésico: *Voluntad de la luz*. Ahí, «el pez era dueño de un par de poderosos alerones» que se presentaba en textos originarios y entusiastas que instauraron las obsesiones cardinales del autor (bajo el signo del escándalo, al haber tenido que renunciar a lo que alguna vez fue el premio nacional más importante de poesía en México):

c
o
n
c r u z a e l p e z
h
o
m
b
r
e.

Luis es un poeta católico y homosexual: esta conciliación le ha otorgado un tono apegado a las plegarias y una fuerza que atiende el erotismo que, como una máscara, le ha permitido presentarse como un autor original entre sus contemporáneos. No podría entender esta escritura sin las pautas religiosa y (homo) sexual. En un contexto donde la orientación debía mantenerse en el ámbito privado y la censura era vista como una cualidad, Luis Armenta deja en su obra —con los matices necesarios— un homoerotismo aprobado por la norma solo por ser (o parecer) inofensivo. Cuando en el prólogo al libro de Carlos Monsiváis, *Que se abra esa puerta*, Marta Lamas apunta: «Carlos se resistía a decir públicamente que era gay, no porque quisiera ocultarlo, sino porque hacerlo le parecía discriminatorio», materializa en el lenguaje la piedra que tapó la boca a la mayoría de los homosexuales de una época, una piedra cada vez más disminuida y que Armenta Malpica presenta como un posicionamiento ético.

El de Luis ha sido un trabajo poético que, en las emociones, ha modelado su primera piedra (que fue mordaza) para lanzarla y fundar ahí su templo retórico porque aspira —como un digno representante de su generación— a la belleza que consigue

el trabajo meticuloso con las palabras: poemas de una sonoridad exquisita; piezas que se interesan en su propio decir y alcanzan mensajes cifrados por referencias que el autor ha ido acumulando a la manera en que los museos de historia natural presentarían una colección de animales exóticos:

El ángel está hecho a imagen de los pájaros.

[...]

El ángel es exacto:

cuando la luz escurre, humedece su cuerpo.

Quien lo ama no está solo. Sonríe

a los otros ángeles.

El catolicismo de Malpica es más una postura (casi una inclinación del cuerpo) estética, que una religiosidad: un sincretismo. Leemos en su trayectoria más al poeta que ve en las parábolas motivos paganos que a un creyente confeso. Se acerca, retóricamente, a la religión para enderezar sus motivos y erigir altares. Así logra sustituir el imaginario católico por hombres de su devoción; adora en sus poemas a los dioses híbridos (mitad hombres y mitad animales).

Esta escritura está colmada por dioses que son hombres y animales atorados en la red de lo doméstico.

Ya decía que los animales domésticos también han encontrado espacio en la obra de Armenta Malpica, con un tono más dulce y amoroso. Aquí aparece lo pronunciado en el principio: «el pez será una ausencia cuando ya no lo nombren». En estos libros, la luminosidad por ausencia parece coincidir con una aspiración por domesticar el deseo propio: atiende a la idea tradicional de familia desde una pareja que se ajusta a ese modelo, como en *Luz de los otros*, uno de los poemarios que me resulta más entrañable.

En el poema inédito “Un gorrión al que llamamos Williams” se percibe la conciencia del poeta: el hombre que ha consagrado sus días a una vida de ensoñación, a textos que se clavan con alfileres en la pared del recuerdo. El poeta es también el profesor que cita a sus propios maestros:

Pero en El Paso
en donde William Carlos vio
un cepillo de plumas aplastado
después de una batalla con unas de sus hembras
solo quedó
su efigie, seca
oblea de un poema
que ya no necesita traducción. Ni Paz
ni William Carlos Williams hicieron lo posible
por salvarlo.

Esto no es un bestiario es una pintura flamenca del siglo XVI donde uno de los proverbios moralistas que obsesionaron a Pieter Brueghel *el Viejo*, se representan como el pez enorme que ha sido colmado con peces pequeños para conformar su grandeza. Podríamos ir de Jonás a Ismael y no abarcaríamos el tamaño de la ballena, por no sugerir el eterno debate entre ética y estética: este libro, en su unidad, es el Leviatán que transporta los peces a playas más afortunadas para dejar que, junto a los panes del evangelio, sean multiplicados.

El arca

El pez inmerso

El pez será una ausencia cuando ya no lo nombren
mientras no puedan verlo las arañas
ni se le dé por muerto
en algún nido.

El pez será el asombro que se finja
cuando al ir al zoológico
en la sección de historia se le mire
disecado
encima de una ficha:

*Pez
extinto.*

Entonces se le echará de menos.

Más de alguno dirá que él sí lo conocía:
era dueño de un par de poderosos alerones
cubierto con escamas de metal
y en la punta del cuerpo
en el timón de mando
una cortina de humo
ensombrecía
su avance.

Y otro dirá que no
que el pez era un antiguo rascacielos

Esto no es un bestiario

especie de pirámide de vidrio y argamasa
en donde los muchachos escondían las monedas
robadas a sus padres.

Y una anciana gloriosa
(lo que denotará su estirpe y sexo)
abrirá los olanes de su blusa
desarmará su torso
y enseñará en la aréola
el cuerpo inconfundible del pez
en sus costillas.

Y ella no dirá el nombre que una vez fue
la herencia del agua
no dirá que malagua fue un invento de ancianos
y que no existe otro animal que el hombre...

Se quedará
desnuda
tan pez
como hace ya
muchísimo
estuviera
al acecho
de un nuevo golpe
de años
que la conduzca
al agua.

La mujer
en medio de la burbuja de aire

surgida de su aureola
beberá de una vez lo que una vez dio
a su hijo
se enganchará por siempre
en su anzuelo de madre
y morirá tranquila
atravesados los labios por un beso
los ojos de un crepúsculo blanco
y el corazón
partido en tres
por una gota de agua.

Y los desconocidos se dirán entre sí...
«Era la ungida».

Ella
en la agonía del pez
convulsionada
negará con los ojos.
Todo eso fue mentira.

Solo hay algo que de ella va a decirse
sin que el hombre recele:
la mujer era
el pez.
Siempre lo ha sido.

Mas los hombres esperan
porque habrá de llegar de algún sitio
del hombre
la migala.

Adán

Yo soy el caracol donde encarnó la arcilla:
molusco
que se abraza
durante las tormentas.

El mar que me amordaza
sabe tanto
de mí
que guardo en mis pulmones las olas que me asfixian.
Y a la mujer que espero habré de revelarlas
en su boca.

La espera es un naufragio que me mantiene vivo.
Es preguntarle a Dios por las orillas
cuando me ha enviado
un barco
con un caracol
dentro.

Vivir de muerte diaria*

II

Agua magnífica
en olas prosternada
así la mar.
Me dejó entre los dedos una sierpe salobre.
Enroscada, huidiza
de crótalo acechante
tuve que darle sitio de voz a su veneno.
Ya devoto del agua
de hinojos al lenguaje reptil de la anaconda
hecho de grito y súplica, su cuerpo
trepó hasta mi memoria con todos sus anillos constrictores.
En el nido colgante de un recuerdo
se entronizó la boa.
Desde allí nacerían algunos manantiales
que luego, con ondulante ritmo, llegarían a forjar todo un océano.
Yo no lo supe entonces, pero ese corazón fue desde siempre un pozo.

Acostumbrado al rito que la serpiente impuso
mis huesos, mis pulmones, la más pequeña arteria
el menor poro, fueron la piel que mudó entre las aguas
setenta veces siete.

* Fragmento del poema "Vivir de muerte diaria" del libro *Des(as)cendencia*.

Esto no es un bestiario

Aunque en lenguas había las culebrillas de agua
utilicé nauyacac, áspides, coralillos
hasta que hallé el silencio.

Con el silencio al cubo (y en el cubo el silencio)
agoté toda el agua latida en ese pozo.
Yo di inicio a mi sed cuando maté a la cobra
porque hice agua el cadáver
para saciar mi muerte.

Han pasado poco más de treinta años
sin que mi cuerpo exija rasgar sus vestiduras.
Ya no tengo colmillos que encajarme en la lengua.
Ni una mirada hipnótica cuando observo el océano.
Yo sé que el mar se muerde con la furia de su propio veneno.
Y por su misma herencia fui creado
inmune al agua.